



La Voz del Tigre Valiente

Jazmin Yagual





Leo, un niño con ojos grandes y curiosos, se sentaba en la última fila de la clase, susurrante y un poco encogido. Aunque su mente bullía de ideas, sus palabras rara vez salían de sus labios. El vibrante aula de la Sra. Elena, llena de dibujos coloridos y estantes repletos de libros, a menudo se sentía como un escenario demasiado grande para él.



Un día, la Sra. Elena anunció un proyecto emocionante: cada estudiante presentaría su animal favorito. La clase zumbó de emoción, pero el corazón de Leo se hundió. Imaginó a todos mirándolo, su voz temblorosa, y sintió un nudo en el estómago.



En casa, Leo dibujó un majestuoso tigre de Bengala con rayas detalladas y ojos brillantes, pero la idea de hablar frente a todos lo paralizaba. Sus padres lo animaron, pero él solo podía asentir, la preocupación grabada en su pequeño rostro. La lámina del tigre yacía sobre su escritorio, esperando ser presentada.



Al día siguiente, vio a su compañera Sofía, que solía ser tan tímida como él, subir al frente con una sonrisa radiante para hablar de su tortuga. Sofía habló con una voz clara y fuerte, y la clase aplaudió con entusiasmo. Una pequeña chispa de asombro se encendió en el pecho de Leo.



Leo miró su dibujo del tigre, luego a Sofía, y luego a la Sra. Elena, quien le sonrió amablemente. Pensó en lo mucho que amaba a los tigres y en todo lo que había aprendido sobre ellos. ¿Podría él también compartir esa pasión? La idea de ser valiente parecía un gran salto, pero la curiosidad era fuerte.



Cuando la Sra. Elena llamó su nombre, Leo sintió un escalofrío. Tomó una respiración profunda, apretó su dibujo y, con las piernas temblorosas, caminó hacia el frente de la clase. Sus ojos se encontraron con los de la Sra. Elena, quien le dio un guiño alentador.



Al principio, su voz fue apenas un susurro, pero la Sra. Elena se inclinó ligeramente, y sus compañeros escucharon atentamente. Poco a poco, las palabras fluyeron más fácilmente mientras describía la fuerza y la belleza del tigre. Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.



La clase escuchó fascinada mientras Leo compartía datos interesantes sobre los tigres, su voz ganando confianza con cada frase. Cuando terminó, recibió el aplauso más cálido que jamás había escuchado. Un sentimiento de orgullo y alegría lo invadió.



Después de eso, Leo empezó a participar más. Un día, cuando un compañero se trabó al leer un pasaje difícil, Leo, con una nueva audacia, se ofreció a ayudarlo a pronunciar una palabra complicada. Su compañero le dio una sonrisa de agradecimiento, y Leo se sintió satisfecho.



Leo ya no se sentaba en la última fila, sino que se sentaba más cerca del frente, listo para compartir sus pensamientos. El aula de la Sra. Elena se había convertido en un lugar donde se sentía seguro para ser él mismo, un lugar donde su voz importaba y donde el valor lo había ayudado a brillar.